

poco decir. ¿No afirman por ahí, con cierta suficiencia de dómines, que el poeta actual no debe escribir en verso?

El autor de «Espejo del Sueño» ha recogido de las corrientes artísticas de vanguardia todo lo que de novedoso y de útil trajeran a la poesía, entre sus malabarismo efectista, y supo librarse de ellas, de su obscuridad, especialmente, que constituye para tantos su mérito más cierto.

«Esquina con flauta», «Columpios», «Muchacha durmiendo», «Huerto Norte», «Círculo» y otros acusan su gran temperamento lírico, y nos abren todos los caminos de la esperanza a los que aguardábamos al poeta verdadero de las generaciones jóvenes de Chile.

La espesa maraña de la producción vanguardista, que algunos elogian porque sin entenderla les suena a cosa grande, llegará en breve plazo a no ser sino una curiosidad que hizo su época y que dejó algunos nombres, los más representativos de su tiniebla sin emoción, para que los estudiosos fijen con los años la curva descendente de la poesía contemporánea. Y a través de las modas, variables pero que tienen mucho de común en su disparatada deshumanización, aparecerán como poesía verdadera y eterna los poemas diáfanos y purísimos con que ya algunos poetas de Indoamérica—y Julio Barrenechea entre ellos—hacen perdonar esas experiencias que fracasaron en definitiva.—C. P. S.



IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla. Santiago, 1935.

Curioso temperamento artístico el de *Lautaro García*. Pintor de paleta luminosa, en más de un Salón Oficial de Chile, vimos cuadros suyos, alternando con las obras de pintores pro-

fesionales; poeta emocionado y conocedor de la técnica, muchos de sus poemas quedaron en revistas que ya murieron, y aunque él los haya olvidado, hay quienes los recuerdan todavía; dramaturgo hábil y aplaudido, «El Peuco» sigue figurando en el repertorio de las Compañías Dramáticas chilenas; cantante de condiciones nada comunes, educó en Milán su poderosa voz de bajo, y ha cantado óperas en teatros de Europa y América, obteniendo elogiosas críticas; periodista, en fin, hace en «El Diario Ilustrado», de Santiago, crítica de espectáculos teatrales y crónicas de arte en que lucen su cultura y su temperamento emotivo.

Este «Imaginero de la Infancia» nos da ahora, con sus nuevos relatos evocadores, a un prosista magnífico, que ha sabido librar sus cualidades de escritor del torbellino aplastante que es la prensa.

Diáfana, sugerente, la prosa de Lautaro García. «Afuera, en la cosmografía de mi ensoñación, la noche era como un vasto templo con su cúpula infinita de azul sombrío. No nos habríamos atrevido a dar un solo paso en sus naves por temor a deshacer el encantamiento que se desprendía de las estrellas abismadas en lo alto. En la lejanía sentíase el coro de las ranas desveladas que soplaban frenéticamente en sus flautas de agua y el trémolo sostenido de los sapos enamorados, como yo, de la misma estrella; pero mientras ellos la creían sumergida en el fondo hialino de los aguazales, yo la sabía alta, inalcanzable, más allá de todas las cumbres de la tierra, prendida a la túnica de Dios en las riberas del cielo».

La artística sencillez del párrafo citado se mantiene a lo largo de las cien páginas del libro, y da una sensación de frescura, de cosa no aprendida ni trabajada, que hace olvidar no poco la literatura mecánica y sonajera de tantos escritores de de hoy.

Los cuatro primeros relatos, «Destino de pájaro», «Juancho, padre de los muertos», «Juguetes de carne y hueso» y «La lámpara de Aladino» son páginas que no encontramos muy

a menudo en las letras de Indoamérica. Hay en ellas evocación bien lograda, estilo flúido, grandes aciertos en la adjetivación, y una despreocupada elegancia, que es su sello más personal.

Aunque los dos últimos relatos adolecen de cierta flojedad, no hacen desmerecer el conjunto.

Este libro, como dijera alguien en un corrillo de escritores, redime a Lautaro García de su título de «cavallieri».—C. P. S.